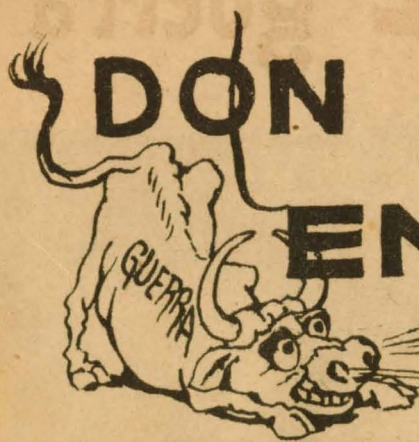


DON QUIJOTE EN GUERRA



LANCEADOR

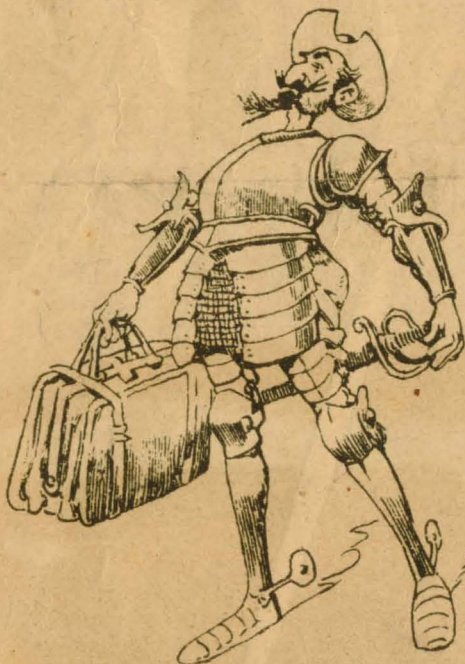


EN FRANCIA

(Impresiones de viaje)

DON QUIJOTE tomó en la estación de Francia una tercera para París. Iba provisto de un rogado y oneroso pasaporte expedido en el Consulado francés donde ya causó admiración el talante altivo y guerrero del Don Quijote desfacedor de entuertos.

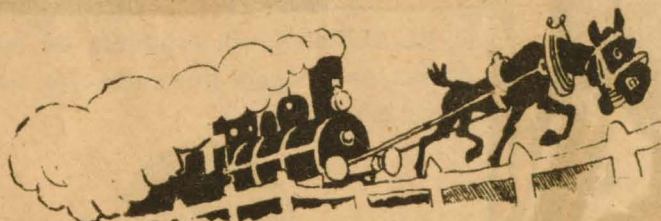
Seguramente—decían los horteras aliadófilos—éste esforzado hidalgo sería una valiosa adquisición para



poner una pica en Flandes y para defender en el frente franco-inglés la Libertad, la Justi-

cia, el Derecho, la Civilización y... la Renovación.

Don Quijote tuvo grandes deseos de replicarles que no sabían lo que se pescaban, que se mamaban el dedo y que eran tan majagranzas como Sancho Panza, pero no teniendo tiempo que perder porque su tren salía antes de tres minutos les volvió con desgaire y rapidez el traspontín, llegando con recias zancadas al andén con los tres minutos de tiempo... Partió. La máquina del exprés marchaba algo más que a



paso de rocinante, resoplando con pena porque su caldera era la incontable víctima de la crisis del carbón y de todo otro alimento locomotor por las maquinaciones de los cuadrillajes francófilos.



Al llegar a la frontera tuvo la suerte Don Quijote de vislumbrar al emperador del Paralelo—familiarmente, Lerroux—, en la postura más cómica y humillante de verse zapateado en las asentaderas por uno de los muchos jornaleros españoles engañados por los intervencionistas embaucadores y logreros. Esos desdichados regresaron a sus pueblos con el bolsillo y el estómago vacíos, perseguidos por la policía francesa que por órdenes de sus jefes y despreciando todo derecho y los convenios internacionales, querían incorporarles a los tropes de senegaleses, sudaneses y demás ejemplares de la «fauna» africana llevados al frente no obstante sus salvajes mutilaciones.



A lo largo de su trayecto Don Quijote solamente oyó clamores por la paz y a los más energicos imprecar al Gobierno, mostrando los puños cerrados a los que conducían tropas. Hasta algunos «peludos» gritaban: ¡Abajo la guerra! ¡Viva la paz!... Con gentil donaire y voz reposada mantuvo Don Quijote un levantado parlamento con el hijodalgo que tenía frontero, haciéndole éste la confidencia de que el Gobierno francés le había hecho un importante pedido de cordones de zapatos para los presos de la Santé arrestados por comerciar con el enemigo y que debían ser apiolados en sus celdas